

## CULTURA Y BENEFICENCIA DURANTE LA COLONIA

Irradiación del Colegio Máximo Jesuítico de Córdoba del Tucumán  
(Véase el fascículo próximo anterior)

### A GUISA DE APENDICE O DE DIGRESION

Caben acá a manera de apéndice o de ampliación, los siguientes hechos, reflectores de la acción de la Compañía, ejercida por ella, ora desde el Colegio Máximo, ora desde sus establecimientos de campo, —bajo el aspecto, en que la hemos contemplado hasta este instante, misional o religioso.

Los jesuítas, en efecto, desde el punto de vista y de los teatros preindicados, se manifiestan como en son de un movimiento continuo. Es grato, es bello y en grado sumo edificante, contemplar el ir y venir, afanoso y gallardo, de aquellos gonfaloneros de la Cruz, de aquellos sembradores del Evangelio, cada núcleo, a su hora, sobre el campo respectivo asignado a su tarea, esparciendo acá y allá, con pródiga mano y henchidos de gozo, el místico grano, *ibant gaudentes, mittentes sémina sua*; plantaban la cruz, allí cerca, en alguna eminencia, a guisa de atalaya y de recuerdo y tornaban después, siempre *gaudentes*, a la Casa del "Padre de Familias", al centro de sus actividades apostólicas, llevando traducido en cifras el fruto opimo de su labor.

El regreso de los misioneros a la Casa Central o Máximo Colegio, alternaba a veces con el arribo de algún personaje de fuste a ésta o aquélla de sus estancias, dando ello ocasión para que los dueños o padres administradores de las mismas pusieran de manifiesto su excelente espíritu hospitalario, su exquisita cultura y el *savoir faire* en ellos tradicional: renovándose así escenas de tal índole ocurridas con visitantes ilustres, eclesiásticos o civiles, en los primeros años de la vida de Córdoba, y de que ya he hecho memoria en algunas de las páginas de mi *Córdoba de*

la Nueva Andalucía. (45)

Por los libros de *Salidas y Entradas* o de *Cargos y descargos*, que hanme guiado hasta aquí en la presente indagación, consta que la estancia de Alta Gracia brindó hospedaje a dos o tres señores Obispos y más o menos a idéntico número de Oidores o de regios Visitadores y a un Capitán General. Por agosto de 1732, al Oidor Mirones se le agasajó en la Estancia de Jesús María (46). En la de Santa Catalina encontrábase por marzo de 1716, el Iltmo. Sr. Obispo Diocesano (47) a objeto de asistir a la fiesta de la titular y tomarse algunos días de descanso. De las estancias de la Candelaria y de San Ignacio aseverólo la célebre negra Lucía, esclava que fuera del ilustrísimo Señor Trejo, en su no menos famosa declaración, prestada en Alta Gracia el 15 de mayo de 1779. He aquí sus palabras: "Para recibir al Sr. Sarricolea y al Señor del Pozo, fuí de cocinera a Calamuchita y a la Candelaria, donde me quebré la mano derecha". (48)

De los agasajos de que hacía objeto a tan eminentes visitas, dalo a entender el Hermano Miguel López por carta datada en Córdoba primero de noviembre de 1731 al coadjutor Juan Bautista Veracierto, en Alta Gracia: cuyo texto registra en el volumen 14 de sus *Documentos Históricos*, el padre Grenón. (49)

---

(45) Reproduzco del citado libro las notas aludidas:

"A pocas leguas de la ciudad de Córdoba, los Céliz de Burgos, —de los primitivos pobladores de élla, poseían la hacienda de **Mi-nistalaló**, más tarde, de Santo Domingo, —verdadero emporio de riqueza ganadera y de volatería, de frutas y de granos, y donde según rezan sus papeles, y ya lo dije en otro lugar, "iban a holgarse", en verano, los señores obispos y capitanes generales de aquella gobernación.

"Coetáneamente a los Céliz, gozaba de renombre la finca perteneciente a la viuda de Antonio Suárez Mejía, en lo que llamaban "el segundo ancón", a linde de la histórica Chacra de la Merced, y que según obra en autos que tengo a la vista, hallábase dotada de casas y corrales, y ganados mayores y menores, de árboles frutales, de madera y ornato, con rastrojo para sementeras y esclavos e indios para su servicio: — añadiéndose por uno de los testigos, actuantes en los pliegos referidos, que "el vió festejar en ella al Adelantado don Juan de Vera y Zárate con el Señor Arzobispo (electo a la sazón para la Metropolitana de Bogotá) Dn. Julián de Cortázar, ex mitrado de la diócesis del Tucumán". (Córdoba, 1ra. edición, — año 1917, pág. 106 y 107).

(46) Libro de Oficio de la Provincia, 2da. parte, fol. 284 y 285.

(47) Iltmo. Sr. del Pozo y Silva. Libro cif., fol. 102.

(48) **Triptico Histórico**, por el autor de estos apuntes, pág. 97.

(49) **Altágracia**, 1ra. parte, pág. 52-53.

## ASPECTO CULTURAL

Los religiosos de la Compañía fueron educadores idóneos y beneméritos de verdad. Tres instituciones docentes a cargo de ellos, en Córdoba, durante la era colonial, confirman sólidamente este aserto. Desde la escuela rudimentaria de primeras letras, creada algunos años después del establecimiento de ellos en el valle de Quisquisacate y casi contemporánea a la erección del Colegio Convictorio de San Francisco Javier, de tan efímero vivir, —erigido de común acuerdo por el provincial Diego de Torres y el Obispo Trejo, y con el concurso de las rentas de éste: desde aquel modestísimo plantel, digo, que se lo ve funcionar en Córdoba a partir del año 1623, hasta la Universidad, que condensa por sí sola toda la historia literaria de Córdoba, y desde el Instituto de Trejo al Convictorio de Duarte, sometido como el precedente al régimen de la Compañía. He ahí las tres grandes etapas o escalas que marcan a través de los tiempos y las vicisitudes humanas la trayectoria gloriosa seguida por esta intrépida, sabia y solícita educadora de tantas generaciones.

*Multitúdinem quis enarravit?*

Instrucción primaria, secundaria y universitaria, pues: el ministerio de la enseñanza, por ende, en las tres fases o etapas de su desenvolvimiento.

Fuera muy difícil, cuando no imposible enumerar las legiones, no diré de niños egresados de su escuela elemental, en posesión de los primeros y más necesarios rudimentos de la educación, ni las de los graduados de bachilleres, licenciados y maestros, que abandonaron los claustros de ambas Casas, la de Monserrat y la de Trejo y Sanabria a solo esta altura de su carrera literaria, pero ni aún de los que el Aula Magna les ciñera las simbólicas ínfulas. *Multitúdinem quis enarravit?* Ardua, difícilísima empresa fuera en efecto tomar nota de uno tras otro, y mucho menos de la masa colectiva, de los exalumnos de aquella *alma parens*, que después de haber bebido en el límpido manantial de la virtud y de la ciencia, bajo el magisterio de la Compañía, del instituto Seráfico o del Clero Secular, sucesivamente, y

de haberse laureado de doctores, se dispersaban unos en pos de otros, como aves mensajeras, hacia todos los vientos, cada cual a su tierra de origen y luego, desde el destino o la misión que una u otra patria les confiara, la de la eternidad o la del tiempo, según la expresión lacorderiana, en el sacerdocio, en la milicia, en la magistratura, en el foro, en las letras, en las artes, en el comercio, en la industria, etc., trocados en otros tantos vasos de elección, para valerme de las palabras del Evangelio referentes al apostolado de San Pablo, llevaban por doquiera, como un verbo de regeneración y de vida, o un augurio de bienendanza y de paz, el lema tres veces secular inscrito en el escudo de las casa de Sanabria: *ut portet nomen meum*.

No debo hacer caso omiso en modo alguno, de dos valores de idéntica filiación a la de los que anteceden, y ligados entre sí por los lazos de un estrecho y sólido parentesco, el libro y la imprenta.

La biblioteca del Colegio Máximo creada a base de los doce cajones de libros traídos de España a Córdoba por la misión jesuítica llegada a ésta, en julio de 1628, a cargo del reverendo padre Nicolás Durán, Provincial de la Compañía, fué sin duda, el más rico emporio bibliográfico que poseyeron los religiosos de San Ignacio en su vasta Provincia del Paraguay, antes del extrañamiento.

De esta célebre entidad, al par que del primer establecimiento tipográfico que tuvo el Tucumán, con sede en Córdoba, —merced a la solicitud y afán de los hijos de la Compañía, me he ocupado extensamente, en varias de mis producciones ya impresas, — *Cultura y Beneficencia*, tomo II, año 1925, — *La Segunda Imprenta de la Universidad de Córdoba*, — año 1930, — *Imprenta e Impresos en Nuestro Pasado y La Primera Biblioteca Jesuítica de Córdoba*, monografías las dos últimas.

Creo muy del caso remitir a los lectores a las fuentes susodichas, como quiera que la discreción y la prudencia no me permitirían reproducir acá, pero ni aún en extracto, los textos aludidos, so pena de asignar una extensión ilimitada a estos apuntes.

Decídome, no obstante, a registrar al pié de la precedente advertencia una nota de entre las varias tan interesantes que figuran en las páginas rememoradas.

Esta:

El archivo de la Universidad de Córdoba, merced a gestiones realizadas por el autor de estos apuntes durante el rectorado del doctor José A. Ortiz Herrera, posee hoy el *Índice o Catálogo* de la antigua librería del Colegio Máximo Jesuítico: un grueso volumen M. S. que es toda una preciosidad como obra de paciencia, a la vez que como trabajo de caligrafía. Irá reproducido en el Apéndice.

Pues bien, ese catálogo, por el que consta pregonado con el lenguaje de los números y de la estadística, el de los rubros y de los acápites, que en aquella notable repartición había libros y tratados de *omni re scibile*, es un mentís solemne, fulminante, aplastador, una bofetada de guantelete en pleno rostro, a los que con tanta mucha poca delicadeza y la *pose* imperialista de los viejos zares de la Rusia, lanzan contra la Colonia, en odio a la acción civilizadora del catolicismo, la necia acusación de que antes y después de 1780, en lo referente a libros, sólo nos habían llegado de ultramar, novenas, trisagios, pastorales, ejercicios devotos, vidas de santos, etc. (50)

Lo único que faltaba en la célebre librería del Colegio Máximo de la Compañía en Córdoba, según lo denuncia el susodicho Catálogo labrado a mediados del siglo diez y ocho, era el bloque anti-higiénico de las obras incorporadas al *Index*, el cual nunca alcanzó a ocho volúmenes in folio, como afirman algunos, campanudamente, entre ellos, el aludido colaborador de la "Biblioteca Internacional de Obras Famosas".

#### PUNTO DE VISTA ARTISTICO

Las palabras que sirven de acápite o portada a este sector de capítulo, no hacen sino señalar el tercer aspecto o fase bajo la cual estudiaremos ahora el asunto que persigue esta indagación: — punto de vista que lejos de ser ageno a los dos ya individualizados por mi pluma, — el cultural y el religioso, los complementa, al contrario y los realza: vale decir, que es para entrambos un

(50) Véanse mis siguientes producciones: **Imprenta e Impresos en Nuestro Pasado** y la **Antigua Biblioteca Jesuítica de Córdoba**, aparecidas en la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, correspondientes a los años 1924, núm. 10-11-12, núm. 5-6, 1930.

auxiliar poderoso, inefable, delicado, y con especialidad, para el de índole religiosa, — una especie de alas, de alas de querubín, como quiera que su misión es levantar los corazones a Dios. Y a este propósito, escribía el autor de *Science Sacrée*: “Es evidente que el arte (les beaux arts) en su calidad de destellos del arte divino, desempeñen una misión eminentemente religiosa: buscan el Cielo, como por instinto, crecen, del propio modo a la sombra de los altares y contribuyen a glorificar al Altísimo” (51)

Es el caso de prorrumpir nuevamente en esta exclamación: *multitudinem quis enarravit?* No caben cálculos sobre la ingente suma de obras de arte, maestras en no escaso número, —que, sin salir de su centro de operaciones, habían acumulado los Jesuítas en su iglesia, altares, sacristías, contra sacristías y coro alto, al igual que en el oratorio doméstico, biblioteca y claustros, celdas y refectorio, Capillas de españoles y naturales y en sus homónimas del Colegio de Monserrat, de la Quinta de Santa Ana y de los dos noviciados, antiguo y moderno, y por último, en el Aula Magna, sala y despachos rectorales, clases y salones de estudio: piedras de Guamanga, tapices, platerías, primorosos tejidos, obras de ebanistería maravillosas, —cornucopias, arcas, bargueños, estanterías y escaparates de caoba, de jacarandá, de ébano, con guarniciones y tiraderas de plata o de fierro forjado—, cálices, custodias y hasta vinajeras y portapaces de oro, —espléndidas arañas, riquísimos candelabros, ornamentos sagrados de labor fina y precio y mérito incalculables; verdaderos tesoros, en fin. Quien pase vista, como yo lo he hecho cuidadosamente por los inventarios, contentivos de todos éstos, —según se reproducen en el Apéndice, —labrados, a raíz de la Expulsión por las severas, celosas y suspicases Juntas de Temporalidades, se quedará atónito, seguramente.

Los jesuítas eran capaces de volar a través de los mares en demanda de preciosos materiales para la fábrica de sus iglesias, como antes habíase visto recorrerlos sucesivamente a las carabelas del Marino Genovés y a las naos salomónicas en busca de los yacimientos de oro de Cipango y del Ofir para el rescate del Santo Sepulcro o la construcción del Templo de Jerusalén.

Pero nos resta contemplar todavía, otro aspecto de la obra de los religiosos del Patriarca de Loyola desde el Máximo Colegio:

(51) Berseaux, tomo 4°. *Les Splendeurs du Culte*, cap. VIII, pág. 455.

otro aspecto, digo, que, a la verdad los condensa, por sí solo, a todos los restantes, —a manera de un magnífico polieromo.

Mientras paso vista, en estos momentos, a los fines del caso, —sobre las últimas “pruebas” de los actuales apuntes, llegadas desde linopias, a mi mesa de labor, circulan de boca en boca, de éste y de aquel lado del Océano, provocando acá y allá sentimientos de admiración y de loa en honor de la raza, —los nombres de dos príncipes de la Iglesia Católica, el Metropolitano de Buenos Aires y el Cardenal Arzobispo de París, en virtud de haber ideado y planeado, uno y otro, de conformidad a los deseos e insinuaciones del actual Pontífice (Pío XI) una serie de trabajos arquitectónicos en sus greyes respectivas, a fin de proporcionar trabajo, que traduciríase en pan, a legiones de obreros desocupados. Pues bien, un objetivo semejante tuvieron en vista, allá en su tiempo, los religiosos de la Compañía de Córdoba, al emprender todo una red de trabajos de ampliación y reconstrucción en el Noviciado y en otros de los sectores departamentales del Máximo Colegio: —una finalidad parecida, torno a decir, o sea, proveer digna, oportuna y eficientemente a la extirpación del ocio, del vicio y del hambre, en auge igualmente, a la sazón, —poniendo en actividad a innumerables brazos, cerebros y profesiones, carentes de estímulo, cooperación o ayuda para la fecha: el *misèreor super turban*, de Jesucrito, cuando el Sermón de la Montaña.

Tal, el espectáculo, cuyo descriptivo voy a ensayar, no de seguida, inmediatamente, sino en breve y que redundará en gloria de los miembros del Instituto de Loyola y en beneficio y medra, a la vez, del proletariado de Córdoba. Mientras tanto, permítaseme efectuar una digresión nada ajena, según se verá, — al descriptivo enunciado.

Por uno de los renglones del vetusto mamotreto que pormenoricé en la primera página de este trabajo, designándolo con la letra *B*, y del que he echado mano hasta ahora, un sinnúmero de veces, háceseme comprender, a falta de otros antecedentes, que ya a fines de 1711, año de cuyos primeros meses arranca el mencionado manuscrito, habíase dado comienzo por los religiosos de la Compañía a “la obra”, vocablo que, a juicio del autor del referido cuaderno tenía la significación de obra múltiple, valer decir, de toda una serie de trabajos de mampostería, si no llevados a ca-

bo simultáneamente, sujetos, por lo menos, a una discreta alternativa o a escalonarse unos tras otros con intervalos más o menos cortos, más o menos largos, conforme a la situación financiera de la misma. Estos trabajos eran, pues, en primer lugar, los del noviciado “de arriba”: reconstrucción operada desde sus cimientos, junto, según parecía lógico, con los de ensanche, adaptación y reparo del Noviciado “de abajo”, conocido hasta hace pocos años con la denominación de “el Noviciado Viejo”; debiendo extenderse la obra al moderno, cuando no a todo el edificio que constituía a la expresada entidad, por lo menos a sus reparticiones principales, la sacristía, la portería, los excusados, la noria, las galerías, todas ellas de bóveda; reparación del techo de la capilla doméstica, construcción del cerco del noviciado, etc.

Esto, por lo que atañe al Noviciado moderno; en cuanto a las ramificaciones de la obra en dirección a otros costados o dependencias del Máximo, *intra* y *aún extra claustra* del mismo, iglesia pública, capilla de españoles e idem de esclavos y de naturales, — universidad, almacenes del Oficio o Procuraduría provincial, convictorio de Duarte, noviciado viejo, *in fieri* o en vísperas de proyectarse quizás, fuera del radio urbano o municipal de Córdoba, — será asunto a que consagraré, a su tiempo, algunas páginas...

### EL PRIMITIVO NOVICIADO

Los Jesuitas de la ciudad de Córdoba tuvieron, sin duda, el Noviciado primitivo en su misma casa conventual hasta principios de 1612 en que, por motivos circunstanciales de grave momento, estudiantes y algunos de los padres de dicha comunidad emigraron a Chile, siendo, sin embargo, muy transitoria su estada en dicho país, ya que se les reintegró a Córdoba en los primeros meses de 1614. Tras de este hecho o en coincidencia con el mismo, ocurrió la clausura del Seminario Convictorio de San Francisco Javier, creado por el reverendísimo Trejo y Sanabria en las casas que adquirió con este fin, sitas en la plaza principal, y de que hizo donación a la Compañía. Esta, sin embargo, supo sacar ventaja de tan deplorabile emergencia. El personal de emigrantes, al regresar de ultracordillera, había visto aumentados sus miembros; razón por la que al Colegio no le fué posible hospedarlos cómodamente. A fin de obviar, pues, estas dificultades ensancharon los padres el lo-



cal desalojado por los del Convictorio, y trasladóse a su recinto el Noviciado. Documentalmente consta que para 1621 el Seminario de S. Francisco Javier ya habíase convertido en “Colegio Noviciado”, y que para el año subsiguiente lo era todavía; pero, un septenio más tarde, cambió aquello de faz; pues por diciembre de 1629, los oficiales reales de la jurisdicción y aduanas cordobesas “trasladaron la Real Caja a las casas del Noviciado de la Compañía de Jesús, que son en la plaza pública de esta ciudad”.

Es probable, pues, muy probable, por no decir evidente, que el Instituto había venido construyendo en aquellos años, incorporado al Colegio Máximo, del punto de vista de su jerarquía, un departamento con destino a noviciado, el mismo a que se trasladó éste, de hecho, en el referido año 29, desde el local que ocupara hasta entonces frente a la Iglesia Mayor, (hoy la Metropolitana). Allí debió de permanecer hasta los años de 1670 a 1673, fecha en la cual, a consecuencia de los quebrantos experimentados por el inmueble tras los ocho o nueve lustros que contaba de existencia y de servicio hasta la fecha, se lo mudó cuatro cuadras al norte, contadas desde el pretil mismo de la iglesia de la Compañía, siguiendo por la calle llamada a la sazón, de “las Señoras Monjas”. Correspondía el nuevo emplazamiento a la esquina nor-occidente de la intersección de las calles denominadas actualmente Colón y Rivera Indarte; sitio que en los instrumentos notariales de la época figurara con el nombre de *Colegio del Noviciado*, y ulteriormente, o sea, a principios del siglo diez y ocho, con el de *Noviciado de abajo* y en las postrimerías de la propia centuria, y aun en toda la décima nona, con el popular de “El Noviciado Viejo”.

No pocos de los que peinan canas hoy, al lado del autor de estos apuntes, en la ciudad del Sevillano, habránse detenido, años atrás, algunas veces, a contemplar los restos venerandos de aquellos muros de piedra y las criptas yacentes, rodeadas de oscuridad y de silencio, debajo de los mismos, especie de catacumbas de la Roma argentina, pobladas de recuerdos históricos, de evocaciones místicas y hasta de consejas inverosímiles.

Ha sido preciso que el progreso interviniera con sus mágicas obras de salubridad en favor de la Comuna y que con su mirada avizora, audaz y profana, escrutase unos tras otros, los secretos del subsuelo, para que se pusiera de manifiesto lo infundado o tenden-

cioso y aun lo ingenuo también, a veces, de las aseveraciones o sospechas ambiente, en orden a la existencia de túneles o comunicaciones secretas, subterráneas, desde el edificio del antiguo Noviciado hasta los sótanos del Colegio, vías, túneles, socavones, iluminados tal vez, por bandadas de *tucos* o sirviendo de guarida a colonias de roedores. Pero a la imaginación popular, de suyo supersticiosa, se le antojaría acaso oír resonar a altas horas de la noche en aquellos antros, voces, risas, y canciones de hadas, estrépito de brujas en danzas, rechinar de dientes, gritos de ira, músicas macabras y “palmotear ruidoso al son de ellas”, y todo aquel espectáculo dantesco presidido, quizás por la tétrica osamenta, danzante también, de algunos de los jesuitas sepultados en aquel lugar, nadie sabría decir desde cuándo. Todo esto ha sido relegado, pues, afortunadamente, al mundo de la patraña, de la burda mistificación, de la zoncera, en fin, para decirlo todo en una palabra; y aún, si se quiere, para que sacase partido, en último caso, la discreta pluma de algún novelista, a estilo de la que ha trazado recientemente, entre nosotros *El Caserón de las Brujas*.

Y prosigo ocupándome del Noviciado Jesuítico. Trasladado éste, según lo hemos visto, desde el departamento que ocupara debajo de las bóvedas del Colegio Máximo a su flamante mansión, casi sobre la margen del Suquia, la misma de que fué dueño en otro tiempo el General Don Francisco de Vera Mujica, quien la incorporó a la serie de valiosos inmuebles de que hiciera donación a la Compañía; verificada, digo, la mudanza, ocupóse aquella, soñadamente, en el mejoramiento de “la casa del Noviciado de abajo”, un tanto maltratada por los años, sin descuidar, por ello, de ninguna manera, el aparejar la del nuevo, o sea, la del Noviciado central, en ciernes.

El emplazamiento de éste, en el sitio preindicado, debió de obedecer, sin duda, —salvo el caso de algún designio circunstancial, a un móvil de índole administrativa, idéntico al que inspirara en nuestros días la traslación del mismo plantel, desde el viejo solar de la Compañía, sito en la calle Caseros, a los Altos de General Paz, (Buchardo 260), donde se alza hoy, con el nombre de *Colegio Apostólico*, rodeado de simpatías, magnífico y floreciente.

En el viejo asiento susomentado, mantúvose, pues, el noviciado jesuítico hasta corridas las dos primeras décadas del siglo diez

y ocho, en que dióse remate al nuevo, sito en “el alto de la Compañía” (calle Caseros, hoy), obra de que he de ocuparme en breve, según convine con el lector. Entre tanto, proseguiré haciendo uso de la digresión que yo, a mi mismo me acordara.

### **El porqué de su traslación**

Quizá al curioso lector ha venido preocupándolo hasta ahora el por qué de la traslación del noviciado de la Compañía desde su pristino asiento a inmediaciones del río, al de la vieja ermita de los Santos Mártires, o sea, a la calle Caseros. La explicación es obvia, si el primero de dichos emplazamientos fué por ventura, sólo provisional, —mientras se labraba o restauraba el de carácter nativo. Mas, si a aquel se lo erigió con calidad de permanente, —el estado ruinoso del local y lo insalubre de su ambiente a efecto de la desastrosa inundación de 1671, tornáronlo ya inadecuado para mansión de los novicios, a despecho de los trabajos de reconstrucción y saneamiento efectuados en el mismo. De ahí que se lo trasladase, por los años de 1726 a 1730, al nuevo noviciado, construído en vista de las razones apuntadas o de otras cualquiera de linaje administrativo.

Tras de estos sucesos, la otrora mansión del benemérito general don Francisco de Vera Mujica, se la destinó para Casa de Ejercicios “de hombres”, de conformidad a otro de los fines eminentemente regeneradores, asignados por su fundador a la Compañía; hecho que incontrovertiblemente se establece por testimonios documentados.

Y doy término acá a la digresión para retornar a la línea esquemática tan interesante, que en virtud de las circunstancias que acabo de detallar, había yo dejado en suspenso, —solo provisoriamente.

Bien comprenderán los lectores que aludo a las obras de ampliación y de reparamiento, de cuyo descriptivo prometí ocuparme en hora oportuna, o sea, en este momento.

### **El Noviciado anexo a la vieja ermita**

Según ya lo insinué, dióse principio a los trabajos de demolición de los muros del viejo noviciado anexo a la ermita histórica de los Santos Mártires y al acopio de materiales de cons-

trucción, piedras, cal, ladrillos y tejas, procedentes, las primeras del lecho mismo del Río de Córdoba, y los elementos restantes respectivamente, de los hornos que poseía en Córdoba el Instituto, destacándose entre éstos, por lo que atañía al primero de dichos materiales a mérito de su mayoría de edad y lo pingüe de su rendimiento, el horno que tuvo por artífice al Hno. Bianchi, en la Calera; el mismo a que aludía el padre Procurador en su cuaderno de apuntes, por los siguientes renglones relativos a los acarreos y trajines que acabo de recordar. “Tiene este Oficio en la ciudad para el trajín de los materiales de la obra cuarenta y ocho bueyes, cuatro carretas, treinta y cinco caballos, y el de la Calera, para el acarreo de rama y piedra de cal, tres carretas, veinticuatro bueyes y nueve caballos, con nueve esclavos adultos, de uno y otro sexo y otros tantos negritos, hijos de las piezas mencionadas”.

Además del emporio de referencia, disponían los jesuitas, en el propio paraje, de otro horno para la cocción de ladrillos; y más tarde de los siguientes: uno de cal, al sud del propio Colegio Máximo en un sitio anexo a éste, otro similar “con 160 fanegas de cal viva” en Altagracia y dos de cocer ladrillos y teja en la Quinta de Santa Ana.

En cambio, al maderamen lo proporcionaban en estado de simples tablas o tablones los almacenes de la Procuraduría Provincial; pasaban después estos materiales por los talleres de carpintería del obraje del Colegio Máximo o de otro cualquiera de los existentes en las haciendas de campo de propiedad del Instituto, para que se los labrase y recibieren la forma correspondiente. Lo que no impedía que a los efectos de la adquisición de semejantes valores, se adoptasen también otros temperamentos o se siguieran otras rutas de la naturaleza o índole que se especificaban en esta otra anotación suscrita por el Procurador: “Item... despaché al padre Francisco de Córdoba 1019 pesos por cuenta de las 60 tablas y 22 tablones que me envió de San Ignacio, *para la obra*”. (52)

(52) Todos los detalles o pormenores relativos a materiales de construcción, bestias de carga, etc., son tomados de los libros **A** y **B** o de los consagrados, respectivamente, a cada una de las estancias o establecimientos de propiedad de la Compañía o administrados por ella. Hago esta advertencia a fin de economizar anotaciones y alijar mi tarea.

En lo que atañía a menestrales, artesanos, peones, etc., a la mayor parte de ellos se los reclutó en los obrajes mismos de que era dueña la Compañía en la ciudad y en la campaña; incorporándose conjuntamente al personal de los mismos algunos niños o menores (“negritos”) seleccionados de las “rancherías”, los cuales, al igual que los primeros recibían los jornales correspondientes, parte en numerario y parte en artículos de primera necesidad, procedentes de los almacenes de la Procuraduría, —y además, un trato genuinamente humanitario, mejor dicho, paternal.

.....

(Un atraso experimentado en su salud por el autor de las actuales apuntaciones, a esta altura de las mismas, hizo que aquél las interrumpiera muy a despecho suyo, pero asistido de la esperanza, sin embargo, de que en fecha más o menos próxima podría, **Deo volente**, proseguirlas).

.....

Había dejado interrumpidos, de algún tiempo atrás estos apuntes, a fin de rematar algunos otros que reputé acaso como de mayor urgencia, sin percatarme de que mis años declinaban y acrecían los achaques anexos a los mismos. Desfalleciente, cual hoy me encuentro, en virtud de ello, a estas alturas, no podré contemplar *la otra* a través de todo su proceso, en todas sus etapas, detalles e incidencias; — guiado siempre por los mamotretos jesuíticos puestos a mi alcance: nada de lo que me propusiera de inmediato, para comprobar mi tesis enunciada, hace un instante, y poner de relieve la magnitud e importancia de los trabajos emprendidos por la Compañía, no sólo en virtud de que ellos propendían a la mayor gloria del Altísimo y al aprovechamiento y útil de la propia institución, sino por cuanto redundaron, de hecho, en beneficio y pro de los gremios de trabajadores, y aun en positiva ventaja de la mujer y del niño <sup>(53)</sup>, según ya lo había hecho notar. Nada ya, por ende, de desfiles de peonadas, de tropas de carretas, de recuas de mulas cargadas con materiales de construcción: de albañiles, tendedores, picapedreros, tallistas, herreros, canteros, decoradores, pintores, etc., y aún de mujeres de toda condición y clase, algunas hasta de distinguido linaje o de alto pre-

(53) Libro A o del Oficio del P. Procurador de Provincia, 1ra. parte, —  
 1) Año 1719, fol. 186 vto. — 2) 2da. parte, 1721, fol. 208 vto.;  
 3) 1721, fol. 210 vto.

dicamento, que hacíanse cargo, a la par de modestísimas hijas del pueblo, de las labores de aguja, de almohadilla, de rueca, de telar, etc. Exponentes de ingenio, habilidad, pericia y abnegación por parte de las mismas, fueron... (son) el soberbio tapiz con que cubre su pavimento nuestra Iglesia Catedral en sus días de gala, — varios de los primorosos ornamentos sagrados y la colección de frontales que se custodian hasta el día de hoy en las arcas de su sacristía, — otrora de propiedad de la Iglesia de San Ignacio y que causan sorpresa, admiración y hasta estupor en el ánimo de los forasteros, turistas o simples buscadores de perlas. Todos esos maravillosos artefactos tejidos, bordados, tapices (54), repito, debieron el ser, — su magnificencia, sus primores, su donosura incomparable a la hábil, experta y delicada mano de la mujer católica cordobesa, en el primer tercio de la antepasada centuria. (55).

Pero, qué! los infatigables dueños y directores de aquella obra monumental, anhelosos de aprovechar en ventaja y medida de la misma, de todo brazo, de toda capacidad, de todas las fuerzas vivas de la Córdoba de entonces, llegaron hasta poner en movimiento con tales fines, al gremio de criadas y *mulatillas* del Convento de Santa Teresa, hábiles todas ellas para los trabajos de al-

(54) Libro A. 1) 1ra. parte — año 1718, fol. 174 vto. — 2) año 1721, fol. 208; 3) año 1722, fol. 244.

(55) Libro A, 2da. parte. 1) año 1721, fol. 210 vto. “A doña María y doña Francisca Quinteros, dos libras y siete onzas de guarnición de oro para los dos frontales y tres casullas, manípulos, estolas y bolsa de corporales que han hecho.

“Item. Para bordar las tiras y adorno de la bolsa, hijuela y cinto — cinco onzas de hilo de oro. Item. Para tira del frontal rico, seis varas de encajes finos de Flandes, doce varas de cinta de raso, diez y ocho varas de cinta azul y una onza de seda amarilla. Item. Por dos varas y media de breña ancha para dicha tira. Item. Para la tira del frontal de la estancia (Santa Catalina) dos varas y media de ruan, seis varas de cinta de raso, diez y ocho de cinta azul y siete varas de encajes entrefinos. Item. por dos onzas de hilo para las mismas. Item. por dos piezas de holandillas para entre forros y aforros de frontales. Item. por diez varas de tisú blanco con flores de oro para frontal y casulla, con todo su recado para este noviciado. — 2) 1721, fol. 211 — Item. doce varas de cinta de nácar para la tira del frontal nuevo y otras doce para pegar en el mismo frontal”.

Este último frontal aparece en el inventario de los ornamentos depositados en la Iglesia Catedral, — o traspasados a la misma. (Véase apéndice, o Documentos Ilustrativos, pieza documental correspondiente).

farería <sup>(56)</sup>, sin despreciar, por otra parte, el concurso material y pío del núcleo de las *Señoras Beatas*, puestas bajo la dirección espiritual de los Padres de la Compañía, —con domicilio (éllas), — en una modestísima casa, que el que esto escribe ha alcanzado a conocer, situada en la Plazoleta de la Compañía, —desde donde, a la vez que prestaban su ayuda para la atención de la Casa de Ejercicios, proveían, honestamente, por medio de trabajos manuales y de colectas, a su propia sustentación. <sup>(57)</sup>.

Entre tanto, nada de detalles, nada de pormenores, alrededor de este concierto de actividades, de dinamismos, de ingenios y de músculos: lo he dicho ya. Nada, sobre todo, de aquel estrépito de obrajes, de talleres, de escaleras y de andamios, de aquel chirriar, sin tregua, de “la noria del Noviciado”. Nada de esto, como he dicho, para limitarme, simplemente, a una corta, a una sucinta reseña de los trabajos, en la trayectoria recorrida por éstos, desde su iniciación hasta su coronamiento.

Pero, antes, a fin de que los lectores puedan formarse un concepto cabal, exacto, sobre el carácter y amplitud de la Obra, pondrélos mejor al tanto de ciertos detalles o antecedentes, relacionados con la misma, de que hice omisión en la sinopsis que adelanté ya acerca de ella. Esta, a la verdad, abarcaba, de inmediato, en sus líneas esquemáticas generales, el levantamiento de una nueva cerca en reemplazo de la que fué forzoso derribar, y después, respectivamente, la compostura de varias de las celdas o aposentos de los

- 
- (56) Libro A, 2da. parte. 1) año 1721, fol. 203: “A Sta. Teresa, por ollas y cangilones para la noria”; 2) año 1721, fol. 204: “A Sta. Teresa por vilques, tinajas y cántaros”; 3) año 1721, fol. 208 vto. “A Sta. Teresa por ollas y vilques (tinajas) para la estancia de Santa Catalina y el noviciado”; 1721, fol. 210 vto.: “A Sta. Teresa a cuenta de cangilones para la noria”; 1722, fol. 215: “A Sta. Teresa, a cuenta de arcaduces para los lugares del noviciado”; 1723, fol. 224 vto.: “A Santa Teresa, a cuenta de cangilones para la noria, arcaduces para los lugares y vacenillas para los novicios”; 1723, fol. 235: “Por cuenta de cambuche, platos y lámparas”.
- (57) Libro A, 2da. parte. 1) año 1728: “Por cuatro varas de lienzo de limosna y un tirante para la casa de las beatas”. 2) 1724, fo. 242: “En cañas y madera para la casita de las beatas”; 3) 1723, fol. 229 vto.: “A las beatas en cuenta de costuras”; 4) 1720, fol. 196 vto.: “A doña Petronila la beata, a cuenta de la obra de las misiones” (atendían la casa de Ejercicios, y ejercitantes); 5) 1721, fol. 208: “Por dos varas de bayeta a la beata doña María Peredo, de limosna”; 6) 1ra. parte: año 1750, fol. 116 vto.: “A las beatas una pieza de breña”.

padres, hermanos coadjutores y novicios, pavimentación de los patios y de algunas galerías, al par que de la construcción de una escala de granito con acceso al Noviciado y a “la fuente”. (58).

A la sección *lugares o excusados* (baños, en el moderno lenguaje social), hubo que prestarle una solícita atención: hízoseles con todo el aseo y confort posibles en una época coma aquélla: lo que les insumió a los padres, en no pequeña escala, tiempo y numerario. Dígase lo propio respecto a la Sacristía, en la que fué preciso restaurarlo todo, poco menos que desde los cimientos: proveerla de un servicio de ventanas, piso de ladrillo, techo de dos aguas, de excelente teja, y de armarios y alacenas.

Un buen número de brazos y de materiales constructivos junto con una atención prolija les impusieron a los buenos religiosos los trabajos de ensanche, de adaptación y renovamiento llevados a efecto en el antiguo noviciado, que también se lo designaba con el título de “el noviciado de abajo”. A la “casita de las Beatas”, tocole también algo en el repartimiento general, — lo mismo que a los techos de la Capilla Doméstica y a la ermita de los Santos Mártires. En lo que atañe a “la noria del Noviciado”, muy distante estuvo ella de ser la Cenicientilla de la Casa de Loyola. Por el Contrario, fué en más de una ocasión blanco de las caricias del alfarero, de los albañiles y más que todo por parte de la pluma del Padre Procurador, que trazó vertiginosamente en algunas de las páginas de su cuaderno, varios recordatarios en beneficio de ella. (59)

### INICIACION DE LOS TRABAJOS

La tarea heroica de la edificación de la ciudad del Suquía, delineada en 1573 por Cabrera, inicióse con el levantamiento de las

(58) Libro A, año 1722, fol. 122 vto.: “A Andrés Astiea el cantero por labrar las piedras para la fuente y escalera del Noviciado”.

(59) Dióse principio a lo construcción de la noria en 1719. En el libro A, 2da. parte, fol. 186, registrase la siguiente partida:

“Por 167 pesos que se gastaron en madera, fierros, carpintería, herrería, etc., para hazer la noria de este noviciado”.

“Item. A Santa Teresa (Monasterio de) por Ollas y cangilones para la noria”. (Libro del Oficio, 2da. parte, fol. 203, marzo 1721). Item. A Santa Teresa, a cuenta de cangilones para la noria”. (Libro y parte citados). Item. Por cinco pesos en un eje y una suela para la noria del noviciado”. (Libro y parte citados, fol. 249, — abril de 1726). Item. En pago de unos cangilones para la noria”. (Libro y parte cit. Enero de 1727, fol. 254).



paredes del Fuerte; —dicen las actas Capitulares del muy Ilustre Cabildo. Por el contrario, cerca de un siglo y medio más tarde, dáse comienzo a la obra del nuevo Noviciado jesuítico cordobés con el derrumbamiento de los muros del antiguo, ya socavados por el tiempo y a punto de desplomarse por sí solos.

Lo corroboran las anotaciones que siguen, registradas a folio 151 vto. — 2ª parte del mamotreto Letra A —(Oficio, etc.) y que reproduce ya más arriba.

“*It... Al indio Pascual, conchavado, por derribar las tapias del Noviciado, 13 varas de ropa, a 12 reales... 12 pesos con 4 reales.*”

“*Itt... Al indio Lorenzo, conchavado para lo mismo...*”

“*Itt... Al indio Felipe, por lo mismo*”, etc., etc.

Las paredes demolidas debieron de corresponder al sector, esquina o ángulo nor-oeste del actual Convento de los Jesuítas.

Ya, a principios del inmediato mes de agosto, fol. 152, — tropezamos con esta partida:

“Por peonadas que no se habían pagado de los que trabajaron en la obra del Noviciado, 28 pesos con 2 reales”.

De aquí adelante el número de conchavados o de peones para aquellas fechas llega casi invariablemente, mes a mes, a la cifra preindicada: a los que había que agregar aún en calidad de servicio ordinario, con destino a la Obra, — a los picadores de las carretas tiradas por bueyes, portadoras de los materiales de edificación, los que atendían el horno de cal en la Calera y el pequeño para la cochura de ladrillos, que poseían los jesuítas en terrenos del hoy pueblo General Paz, llamado *El Puesto*. Sabido es que el horno de cal, lo atendía de inmediato el Hno. Bianchi que lo fabricó.

La obra tuvo por sobrestante a don Antonio Zebrero, que lo fué hasta el remate de la misma. Corría con la dirección de los trabajos en ausencia de los hermanos Prímoli y Bianchi, y aún de Clausner o de Schmidt, según la clase o categoría de aquellos. (60)

A propósito de los aludidos profesionales jesuítas y de otros más, la estada de ellos en Córdoba, como su intervención respectiva en la obra y el alejamiento de cada uno de los mismos de la Casa

(60) Libro y parte citados, fol. 1923, año 1720.

Conventual o Colegio de Córdoba, puede uno seguirlos casi detalladamente por las anotaciones registradas en los libros de la Procuraduría General, que guían con especialidad mi pluma en la presente indagación.

La actuación de los hermanos Cláusner, Prímoli y Bianchi en Córdoba, con preferencia en lo que atañía al desenvolvimiento y ejecución de la Obra es ya bien conocida por mis amables lectores. En lo que concierne a la de los coadjutores Lavizaro, Guinet y el famoso Schmidt, no poseemos detalles: aunque, eso sí, respecto a los actos del último, posteriores a su viaje rumbo al país de los Incas, vía Jujuy, ocurrido por el mes de octubre del año 1720 <sup>(61)</sup>, obran en mi acervo algunos datos sobre manera honrosos para la persona del escultor jesuíta que dotó a la Iglesia Matriz de la ciudad del *Jive-Jive*, de una maravilla estupenda: el púlpito!

En cuanto a los otros coadjutores, siempre “segundas majestades”, a pesar de su humilde escalafón — Bianchi partió por marzo de 1720, a Buenos Aires, en tres carretas fletadas al efecto: iba cargadísimo de herramientas, — sus petates. Llevaba de compañeros a los hermanos Lavizaro y Guinet <sup>(62)</sup>. Por marzo de 1721 dáse al hermano Cláusner en viaje a la ciudad de Santa Fé, en idéntico vehículo al de los anteriores <sup>(63)</sup>. Y, en fin, siete años después, a últimos de agosto, se traslada Prímoli a la Capital, llamado urgentemente por sus Superiores, — después de haber llenado con éxito brillante, el múltiple mandato que habíale traído a Córdoba.

- 
- (61) Libro B, 2da. parte, fol. 199, léense los siguientes renglones: “Item Se le abonan al Hno. Pino 54 pesos de los arreadores de mulas que llevó el Hno. Schmidt y se le han pagado, y se han de cargar a los **Chiquitos** (misión de este nombre). Item. Al Hno. Schmidt 4 pesos plata, y se han de cargar al Colegio de Salta”. Fecha de la partida, Noviembre de 1720.
- (62) Libro y parte citados, marzo de 1720, fol. 189 vto: “Item. Pagué por el flete de retorno de 3 carretas, en que fueron a Buenos Aires los Hnos. Lavizaro, Guinet y Blanqui, a 25 pesos por carreta”.
- (63) Libro y parte citados, marzo 1721, fol. 203 vto.: “Item. Por el flete de la carreta del Hno. Cláusner a Santa Fé”. Dicho hermano regresó más tarde a Córdoba, como quiera que por noviembre de 1723 se le da nuevamente de viaje a la expresada ciudad litoralense. (Libro y parte citados fol. 235).

## LAS BOVEDAS O EL PRINCIPIO DEL FIN

Empléase, a cada paso por el padre Procurador General de la Compañía en los libros a cargo suyo y a que nos venimos refiriendo, respecto de la Obra, — una palabra, a primera vista, — pretenciosa o sugerente, pero que no es en realidad ni lo uno ni lo otro, — ésta *Bóveda*—, y así, léese en más de una de aquellas partidas: “se ocuparon tantos peones en la hechura de las bóvedas del noviciado: empleáronse tales materiales para la construcción de las bóvedas”. Textualmente: febrero 20 de 1723, —fol. 227 v.: “Se gastaron en la última bóveda cuatro pesos”.

“Itt. (en 1° de abril de 1723): en el asueto por la conclusión de las últimas bóvedas se gastaron 35 pesos”. (Folio 277 vto).

Al leer estos dos últimos renglones, me dije a mi propio: *Cómo!*... ¿Daremos ya por terminada en su parte principal a la famosa obra del Noviciado?... Y mientras reflexionaba, corrí varias fojas, aguas abajo, de mi mamotreto, detúvome en el folio 244, marzo de 1725, y recorrí los siguientes renglones:

“Itt. al noviciado Nuevo, cinco manos de papel, —125 clavos, un papel de dibujar y ocho madejas de hilo de acarreto”.

Folio 244 vto.

“Itt. Cincuenta varas de lienzo para cortinas, tres cuchillos, 12 varas de listadillo, cerraduras, clavos, etc., —*cuando se mudó*”.

“Itt... Por cincuenta pesos en aves y postres, etc., *en la comida el día que se mudó el noviciado*”, desde su viejo local al nuevo. (64).

Pero, ¿y la sacristía?

Habíase terminado su fábrica algún tiempo antes... Todo bien, todo en paz, todo en actividad, en movimiento.

Mientras tanto, continuaba preocupándome el asunto bóvedas, tanto más cuanto me vinieron a mientes ciertas palabras relativas

(64) La presencia de una orquesta de indios guaraníes en Córdoba, para la fecha, — traída desde Misiones, por los misioneros jesuitas — contribuyó a dar realce a las ruidosas fiestas celebradas en la urbe doctoral, con motivo de la conclusión de la Obra. En el citado libro **Del Oficio**, parte segunda, fol. 243 vto, enero de 1725, registrase esta partida: “Item. Por orden del padre Provincial se dió a los Guaraníes de la música, 14 varas de ropa”.

a aquél, procedentes de la pluma de un esclarecido miembro de la Compañía de Jesús, — de paso en Córdoba, para el año 1729, — y que había yo reproducido en una de mis obras: *Cultura y Beneficencia Durante la Colonia*, (tomo II, pág. 57 y 59). Me refiero al padre Carlos Gervasoni, que en una carta datada en Córdoba, a 3 de agosto del año susodicho, se expresaba en estos términos sobre la materia, haciendo el descriptivo de la ciudad indicada:

“Nuestro Colegio es bello pero todavía permanece una parte en la misma forma...; parte es de ladrillo, pero está sin bóveda, se llueve por todas partes. El único capaz de fabricar una bóveda es el italiano de que hablé en la otra mía, pero está ocupado en Buenos Aires, *después de haber fabricado aquí* al señor Obispo una Catedral muy hermosa...”.

No se olvide que ya, para la fecha indicada hallábanse de tiempo atrás, en Buenos Aires, los dos profesionales jesuítas, Prímoli y Bianchi.

¿Cómo conciliar, pues, las bóvedas, todavía *in fieri*, de que hablara Gervasoni en su epístola de 1729 con las que ya para abril de 1723 se daban por conclusas, junto con los festejos del caso, — en las anotaciones correspondientes del padre Procurador?

Tendí la vista de nuevo sobre las mismas y luego, al punto, — a continuación de la concerniente al remate de las bóvedas del noviciado y de idéntica fecha, a propósito del mismo detalle, leí:

“Itt... Por 500 cañas para las bóvedas *de los lugares del Colegio*”, etc., etc.,... (65).

... ..

Pero habiéndome dado cuenta, sin embargo, que tras de mi chasco acerca de las bóvedas, dibujábase esta pregunta en los labios del lector, ... de un lector cuya presencia fínjome yo, para mi coleteo, distante del medio en que yo he venido actuando a la par de lectores efectivos: — una pregunta, decía, dibujábase en sus labios, — ésta: ¿Prosiguióse el trabajo de las bóvedas, de las bóvedas claustrales de los demás repartimientos, aludo a los de más noble jerarquía, dentro de los muros del Máximo Colegio Jesuítico?

(65) Libro y parte citados, abril de 1723, fol. 228.





Pues bien, en calidad de respuesta a la discreta interrogación de mi lejano interpelante, y de timbre precioso, a la vez, que selle las actuales apuntaciones, reproduciré a vuelta de página, la nota gráfica, en un todo evocadora, del frente primitivo del celeberrimo instituto, con que nos brindara hace algunos años la hábil pluma del reputado Ing. Dn. Juan Kronfuss, según ella se contiene en una de las páginas de su *Arquitectura Colonial en la Argentina*.

Y sírvame también como de lazada de oro para clausurar estos apuntes, dedicados, según lo pregona su acápite especial, —el estudio detallado, hondo y concienzudo de los hechos que he condensado en estas síntesis, —toda una epopeya de luz y de beneficencia: *Irradiación del Colegio Máximo Jesuítico de Córdoba del Tucumán*.

Y con estas palabras, conforme acabo de decirlo, cierro el tercer tomo de mi *Cultura y Beneficencia* durante la era colonial entre nosotros: alentando todavía la esperanza de dar a luz, *Deo volente*, un otro más.

Y loado sea Dios una y mil veces, ya que me asiste la dulce, la inefable satisfacción de haber consagrado hasta esta altura de mi vida los talentos que su pródiga mano me brindara, a la promoción de sus intereses sacratísimos y los de su mística esposa, la Iglesia, esa Sublime Mensajera de Luz y de Amor entre los hombres.

PABLO CABRERA

---